

—87—
CAPILLADA 32. NOVIEMBRE 9 DE 1857.

FR. GERUNDIO.

*Mea si in altum levatur magna Capilla
neque gatus parat neque parat perrus.*

Si mi capilla

levanto en alto,

ni paran perros,

ni paran gatos.

*Palabras todas de la cosecha de
casa.*

VAMOS, ¿QUIÉN TIENE LA CULPA?

Yo no me meto ni con el general Oráa ni con el ministro de la Guerra, ni con S. Pedro, ni con S. Pablo. Pero voto á crivas que en tratándose de remediar males, el que tenga la culpa de ellos ha de llevar capillada, mas que sea general, mas que sea ministro, mas que sea Pontífice; mas que se

el Angelon del Apocalipsis. Desde las hondas simas del Ócéano hasta el anillo de Saturno, inclusa la atmosfera y espacios ayacentes, todo es campo para mis capilladas; todo está en estado de sitio para mis capilladas; alto, que enarbólo la capilla, y el uracan que va á levantar al sacudirlo va á derribar al desgraciado que pille á campo raso; fuera de ahí, que ni todos los pellejos de Eolo á un mismo tiempo reventados, ni los fuelles de todos los órganos inflados simultáneamente, podrian levantar una ventisca tal como es capaz de producir un sacudimiento de mi capilla; retirarse que no quiero coger por delante á ninguna familia ni persona.

¡Jesus María qué sofocado me he puesto! ¿Y para qué? Para decir

que á todos y á ninguno
mis capilladas tocan

que yo busco las culpas,
no busco las personas.

En verdad que para esto no era necesario tanto estrépito; pero hay nubes que amenazan abortar un diluvio de rayos y centellas, y por fin quedan reducidas á ruido y bambolla; retrato vivo del estruendoso aparato con que se empiezan las causas de infidencia á los pájaros gordos, y del insignificante resultado que por fin y postre producen. Pero mas vale no hacer comparaciones irritantes, no sea que se me exalte de veras la bilis,

y tengamos un trabajo. Por ahora no se me ofrece mas que lo siguiente.

¿No hay una buena alma que me diga quién tiene la culpa de que se estén muriendo de hambre y de frio nuestros infelices prisioneros de la accion del 24 de agosto, trasladados ahora recientemente desde Cantavieja á Julpe?

Desde el 24 de agosto, señores! Muriéndose de hambre y de frio! Envidiando los que mueren despues la suerte de los que mueren antes, porque ese menos tiempo son el ludibrio de los caribes, y el objeto del abandono de nuestro gobierno! Ó cangearles fuego, ó añadir al tratado Elliot que se les tire un tiro antes que condenar á aquellos desgraciados á una muerte tormentosa y lenta. ¿No hay quién me diga en quién consiste el no ser redimidos aquellos miserables? Decírmelo luego, que ya está templada la Capilla. ¿Consiste en el general, en el ministro, en el gobierno, en quién?

Desgraciados prisioneros, guerreros infelices, ya que yo no pueda desde aqui cubrir vuestra desnudez, amparar vuestra miseria, y aplicar un bálsamo á vuestras heridas, vive Dios que ó han de tocar á muerto por Fr. Gerundio, ó ha de sufrir el que tenga la culpa (sea quién quiera) los mortales golpes de su capilla!

EL REMATE DE UN GEFE POLÍTICO.

Ya he dicho (y cuidado que no se olvide de una vez para otra lo que yo diga), ya he dicho que en estos tiempos de tan irregular arquitectura sucede muchas veces que lo que habia de rematar por la cabeza remata por los pies, y viceversa; y hé aquí la causa porque en ocasiones andamos al revés como volatines en maroma, y de resultas de la postura se nos descubren las vergüenzas y enseñamos lo que debiéramos tener oculto; se entiende que hablo del cuerpo político, en el cual no faltan tambien partes vergonzosas que tapar.

No hablo ahora pues de remates de cabeza, sino de un remate de pie, no de pie de carne humana, ni de bota o zapato, sino del remate que acabo de leer en un impreso, firmado por el señor Nuñez de *Arenas*, gefe político que fue de Valladolid, que como yo no me entiendo con personas, lo mismo me seria que lo firmase un Fernandez de los *Rios*, que fuese gobernador de la *Insula Barataria*.

¡El rematito y su alma! Algunos no habrán reparado en él, pero al reparon de Fr. Gerundio le ha hecho tales cosquillas, que le parece propio para acabarnos de rematar el juicio, y andar todos

á trompis y calamochozcos unos con otros, cada uno con el instrumento que mas á mano encuentre, mas que sea la quijada de un borrico, que fué la primera arma ofensiva que se empleó en el mundo para echar hombres al otro barrio: mas que sea una peladilla lanzada con una honda á ejemplo de David contra la sesera del primer Goliat que encontremos á la vuelta de una esquina. Si nos hemos de apoyar en la base de Arenas, la ley de imprentas vale tanto como las bulas del año pasado, los jueces de hecho se pueden emplear en entonar un recordéris al pobre que quede con las tripas fuera, de resultas de haber dado alguna estocada de pluma.

Despues de haber contestado el señor Nuñez de Arenas en un folletito á lo dicho y escrito contra él, concluye así: «el que quiera contestarme racional y decorosamente, me hallará dispuesto á entrar gustoso en su polémica con la consideracion y respeto que merece el público que lee, y de que debe revestirse necesariamente el que escribe.» Hasta aqui santo y bueno; parecen palabras de Fr. Gerundio. Ahora va el remate. «Al que creyese que con la pluma se vindica el honor, el orgullo ó el amor propio ultrajado, le diré desde luego mi opinion sobre su creencia: *escribiendo no se satisfacen las injurias personales.*» *Cargad aqui á considerazon*, decia un predicador portugués refiriendo en el púlpito el siguiente pasage.

Solicitaba un portuguesillo á una doncella ho-

nesta: y entre otras flores que para seducirla empleaba, la solia la cantar este estrivillo «*Miña Nena do amarelo, ¿si quixéras ó qué eu quero!*» Preguntábanle al muchacho otros portugueses: «¿é qué fora, *velacón*, *si ela quixera?* ¿*si ela quixera, que fora?*» A lo cual respondia él con tono enfático y admirativo: «*Cargad aqui a considerazaon!!!*»

Escribiendo no se satisfacen las injurias personales: cargad aqui á considerazaon. ¿Como querrá el señor Arenas que se satisfagan las injurias personales hechas por escrito? ¿Callando....? no: ¿durmiendo....? tampoco: ¿por medio de una confesion general....? creo que no: pagando un refresco para todos los presentes....? menos: ¿marchándose á tierra de Moreria....? no parece regular: ¿sentando plaza...? no es de creer: ¿sufriendo con paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos....? estoy en que no quiere eso: ¿andando á capillazos...? Eso fuera bueno para gente de mi hábito: ¿con la punta de la espada....? Cargad aqui á considerazaon. Si asi fuese, equivaldria á un reto universal; y si hubiera quien le acetára; *si ela quixéras ó que eu quero, ¿qué fora?* Cargad aqui á considerazaon. Lo que dije al principio; ya está la zambra armada; el que no se sienta con brios para meter á otro una cuarta de acero por entre costilla y costilla, escusa ponerse á escribir en España libre. Por el correo próximo voy á encargar á Asturias que me manden un par de guadañas de esas que traen los segadores para la yerba, una

para Tirabeque y otra para mí, y con ellas habremos de andar siempre armados, si hemos de pasar por escritores del siglo XIX. Y si alguno nos injuria por medio de la prensa, zás, cuello abajo como si fuese una adormidera. Con que tenerio entendido, y sirva de gobierno; cuando veais un fraile sin pluma y sin capilla con la guadaña de la muerte al hombro, meterse al instante en el fuerte mas inmediato, porque es Fr. Gerundio que anda tomando la satisfaccion que corresponde á lo que se haya escrito contra él.

¡Ah señor Isturiz y señor Mendizabal! ¡Ah señor Seoane, señor Seoane! ¡que legado tan funesto dejásteis á la España con vuestros desafíos! ¡Ah señor Arenas! Me alegraré que no hayais querido dar tal sentido al remate de vuestro escrito!

NOTA. Para aqui y para ante la cara de Dios declaro que yo no soy Paladin; y que si alguno quiere algo conmigo nos hemos de batir á capillazos; demasiado tiempo le queda á uno para morir. Y suplico al que tenga intencion de matarme, que me haga el favor de avisarme antes, porque quiero pedir perdon á mis enemigos, y arreglar antes mis cosillas. Por mí parte si alguno está destinado á no morir hasta que yo le mate, desde esta fecha puede emprender el camino del paraiso terrenal á hacer compañía á Elias y Enoch. El diablo me lleve si otra me queda. Un padre nuestro y un avemaria por las ánimas de los que mueren de mano airada.

Cinco pelucas
de perspectiva,
y un cartel dice
pomada fina,
muestra morada,
moda del día,
por contra seña
una vacia,
y allí sin duda
me encontraréis.

Talareando esta aria barberil á mi modo me levanté esta mañana, yo Fr. Gerundio, y hubiera tenido estribillo hasta volverme á acostar (porque yo tambien soy de aquellos que emprendiendo con una cantinela por la mañana, no la dejan hasta que el sueño señala siete ú ocho horas marcadas con compases de espera), si á esta imaginacion enredadora que Dios me ha dado no la hubiera asaltado otra coplilla por el mismo aire y tono de la aria de Fígaro, la cual decia así:

¡Oh que de esponjas
hay en España!
todo es cucaña,
do, mi, sol, fá.

Sus veinte monjas
por mi registro
cada ex-Ministro

chupando está,
con su respectivo sacristan.

Este último pie, cualquiera que ande en dos, y tenga orejas, conocerá que es mas largo que los otros; pero nada tiene de particular que el pie del sacristan sea mas largo que el de las monjas. Tambien es menos poético; cosa muy natural, que los sacristanes sean mas prosaicos que las monjitas, y que sus pies desdigan algo de la medida de los de estas. El buen poeta debe dar á cada cosa lo que es suyo, y no mezclar tronchos de berza con quesitos helados. Pero si bien el pie, ó sea pezuña sacristanesca constituye cierta protuberancia en mi coplilla, haganse cargo mis lectores que de hacer venir al sacristan tras de las veinte monjas y el ex-Ministro, no sé yo en donde le habiamos de colocar que menos estorbare. Y por último, á mí me venia bien para cierta cuenta que estaba liquidando, y punto en boca. Viniéndole bien á Fr. Gerundio ¿quién es el guapo que se atreve á chitar?

La cuenta era esta: cada ministro cesante se lleva tras de sí veinte monjas *con su respectivo sacristan*: es decir; veinte monjas y un sacristan es lo que se traga cada ministro que cesa: no sé si me esplico; con un ex-ministro habia para veinte monjas y un sacristan; mas claro; cada ministro que se dá de baja, hay que dar tambien de baja veinte estómagos mongiles, y cerrar la boca con que canta y yanta su sacristan. A ver

si acabo de una vez de esplicarme. Con treinta mil rs. que le quedan á cada ministro que cesa, segun pública voz y fama predicán, podían mantenerse veinte monjas á razon de pesetuela cada una, y restaba ademas un pico de ochocientos reales con que se daría por muy servido un sacristan. Yo no quiero decir que lo del ministro se haya de aplicar á las monjas; digo que se podía, y que á mí me ocurrió así de paso esa cuentecilla de tanto mas cuanto, con motivo de las continuas reclamaciones que á mi Reverencia dirigen respirando hambre y mas hambre las hermanas monjitas. Por lo demas, lejos de mí la idea de que á los señores ministros cesantes, aunque sean de 24 horas, deje de asistirseles con los 30,000: conozco que es muy poco, y que debía doblárseles la pitanza: pues qué ¿el haberse sentado en el sillón de las espinas se paga así como quiera? Ancas sufre la nacion; y caridad sobra en los fieles para dar de comer á las hambrientas vírgenes.

Otra cosa me ocurre. Por lo menos puede calcularse que cesan 20 ministros en el tiempo que le toca á una monja ser Abadesa, y que habrán caído de la silla abajo como unos 68 ó 70 en estos cuatro años que llevamos de broma, cuyas cesantías bien sumarán sus dos milloncitos de reales, los cuales creo que bastarian para sacar de mal año á las hermanitas de mi capilla. Señores, no hay que creer que la razon de

hermandad es la única que me inspira estas ideas: si los dos millones ex-ministeriales se quieren repartir entre las hermanas viuditas, no hay inconveniente tampoco en obtener el beneplácito de Fr. Gerundio; y si todavía se murmurase la preferencia que proclama para el sexo flaco, que se murmure: cada uno tiene su ojo derecho y su izquierdo... (1)

Fr. Gerundio y una tapada.

«Á dicha debieras tener el que yo te saludara; es bien seguro que tu amo no te manda detener á ninguna señora.—Pues no se canse V. que mientras no se descubra ó diga quien es, no paso recado á mi amo. Vamos, señora, que no perderá V. nada por descubrirse á mí; vamos, que no la hago daño; vamos, vamos, ande, descúbrase, que no la ha de pesar, á fé de lego; mire que se lo digo yo.

¿Qué es eso, Tirabeque? ¿Qué conversacion es esa?—Allá voy, señor. Estaba entendiéndome

(1) No siendo tuerto ó ciego; ¡asombrosa erudicion la de esta nota!

con una señora, que quiere entrar á hablar con V.
 —¿Y por qué la detienes, groserote? ¿Qué dirá una señora, que viene á favorecer á Fr. Gerundio, y de buenas á primeras se encuentra embarazada por su lego?—Poco á poco, señor; que yo, bendito sea Dios, nada he tenido que ver con ella todavía.—Malditas sean tus entendederas, hombre; embarazada quiere decir detenida.—Eso es otro cosa: pero señor, si viene tan tapada que parece una igriega ó una turca.—¿Pues no me ha dicho V. que las señoras turcas y las igriegas andan siempre tapadas con grandes velos...?—Te diria griegas, y no igriegas; en una igriega era en donde debias tú estar. Anda, dila que entre; muévete.—Señor, mire V. que están malos los tiempos para tratar con mugeres desconocidas; despues si le sucede á V. algo...—Pues no es replicon...! mira si te mueves.—No; pues yo no le dejo á V. solo por si acaso.

Señora, éntre V.; venga V. conmigo. Ahí tiene V. á mi amo.—R. P. Fr. Gerundio....—Señora, beso á V. los pies. *Tirabeque por lo bajo.* ¡Ay mi amo, mi amo! mire no le pierda tanta finura...! señor, no se los bese hasta ver s. los trae limpios.—Hágame V. el gusto de tomar asiento.

La tapada.

—Vuestro ofrecimiento
 acepto un momento:

mas muy poco asiento
yo suelo gastar.

—Señora, ¿ya se levanta V. ?

—Si no me levanto,
padezco un quebranto,
pues mi solo encanto,
mí gusto, es andar.

—Señora, V. puede obrar aquí con entera liber-
tad; si la está á V. mejor pasear, puede V. ha-
rerlo: V. no se violente.

Tirabeque por lo bajo. Señor esta muger ó tiene
azogue, ó está loca; pregúntela algo á ver si dice
quien es.

—Fr. Ger. Pero señora, ¿es posible que no ha de
tener V. *la dignacion* de decirme quien sea? —*La ta-
pada.* No me es posible revelar mi nombre hasta
despues de marchar. Vos mismo, Reverendo Padre,
no podres conocerme, por mas que lo intenteis, has-
ta que me haya ausentado. Aunque no pertenezco á
clase y categoría diterminada en la sociedad, val-
go tanto, que me falta poco para ser omnipotente.
—Señora, siento que una persona de tanto valer
me haya cogido en esta disposicion tan poco cor-
respondiente á una visita de esta clase; me per-
mitirá V. al menos ponerme la peluca.

—De gastar tal ceremonia

su reverencia está salva,
porque tambien yo soy calva.
y nunca peluca usé.

—*Tirabeque por lo bajo.* Señor, me parece que puede estar un buen petardo la tía Calasparra ésta: vele ahí porque no se destapa; échela de aquí cuanto antes; ya será un valiente vegestorio; pero por otro lado esa viveza quey ese bullir sin cesar mas parece de moza respongona y de muho pelo que de vieja regañona y calva.

—*Fr. Ger.* Segun eso, señora, ya será V. de alguna edad.

—Soy muy vieja y soy muy niña,
y soy de mediana edad,
nadie de asirme es capaz
porque siempre calva fui.

—*Tirabeque por lo bajo.* Señor no sea la muerte!! estoy por echar á correr...—*Fr. Ger.* Señora, ¿y tanto es el valimiento y poder que V. ejerce en el mundo, que casi raya en la omnipotencia?—*La tapada.* Baste decir á su Paternidad que puedo mas que el estudio, mas que el saber, mas que el trabajo, mas que el favor, mas que la virtud, mas que el mérito, en una palabra, mas que el dinero.

Yo hago Reyes, Condes, Duques,
yo hago los grandes caudales;

yo hago Obispos, Generales;

yo hago Ministros tambien.

Y los Reyes, Duques, Condes

derribo si me acomoda;

la sociedad vuelvo toda,

si se me antoja, al revés.

Y si quiero haré Ministro

á un miserable portero,

y doy al mas majadero

una borla de Doctor.»

—*Tirabeque por lo bajo.* Es bruja; señor, así Dios me dé la gloria; ó si no es bruja, es la Intriguilla aquella del otro día; por si acaso es bruja, hágase la señal de la Cruz, no sea tonto.

—Por mí las fajas y mitras.

togas y varas se dan,

y yo pude hacer guardiano Y—

á este Lego montilon.

—*Tirabeque en voz alta.* Señora, y aguarda V. á decirlo ahora que no hay frailes....! ¡Ah desgraciado Tirabeque! Señora, si acaso es la Reina soberana de los cielos la que tengo delante, aquí prostrado de rodillas teneis á un miserable Lego pecador arrepentido, suplicándoos por las llagas de vuestro divino Hijo, que ya que no puedo ser Guardian por no haber ahora frailes, os dignéis hacerme administrador de decimales, que es des-

tino que aunque no durará mas que este año, no necesito mas para pasarlo decentemente una docena de ellos. ¡Ah! ¡por qué no os buscaria yo antes.....!

—«No me encuentra quien me busca;
yo á quien quiero me aparezco;
por capricho favorezco;
me complazco en sorprender.

—*Tirabeque por lo bajo.* Señor, yo me vuelvo loco con estos misterios; pues si no es la Virgen Santísima, es una coqueta de dos mil diablos. Y lo es, señor; ¿V. no vé que no para un momento? Tan pronto está de cara como se vuelve de espaldas. Ó por mejor decir, no sé conoce donde tiene le cara. ¿Si tendrá magica, señor?

—Yo á los Legos é ignorantes los coloco en alta esfera,
y por ciencia verdadera,
la ignorancia hago valer.

—*Tirabeque en voz alta.* Pues á mí no me ha subido V. mucho que digamos. Al lo menos cuando estaba en el convento subia algunas veces al campanario; pero ahora ni aun eso. —*La Tapada.* ¡Ay Tirabeque! Compárate con otros Legos de tu hábito, y reflexiona si debes quejarte de mí. Tú tienes que comer al arrimo de tu amo Fr. Gerun-

dio, y gozas de fama y celebridad ; quiéres mas?
 —*Tirabeque.*—En cuanto á tener que comer, páse;
 la fama y la celebridad poco me daria, si me
 apurára el hambre, por vendérsela á V. por un
 plato de lentejas , como otro Esaú (chúpate ese
 golpe de historia, y luego dí que soy Lego).

—*Fr. Gerundio.* Y bien señora ; ¿ no he de mere-
 cer que V. me diga con qué objeto ha venido V. á
 honrar mi humilde celda?

—*La Tapada.* Con el de que podais en vista de
 este ejemplo práctico decir con toda seguridad á
 los hombres, QUE NO SE FIEN DE MI, porque—cuan-
 do menos se piensa, término mi visita y vuelvo la
 espalda.....

—*Tirabeque.* ¿ Se fué ya esa señora, mi amo?—Ya
 lo ves.—¿ Cuándo, si no he hecho mas que vol-
 ver la vista aqui á la alcoba?—En un abrir y cer-
 rar de ojos ha desaparecido. ¡Ay Tirabeque! Aho-
 ra conozco quien era; era LA FORTUNA.... la Fortu-
 na.....—¿ Señor! ¿ V. qué dice? ¿ LA FORTUNA? Yo
 me arranco todos los pelos de rabia; bobo de mí,
 que pude haber cerrado la puerta con llave, y no
 haberla dejado salir hasta que me quedára hecho
 siquiera siquiera Director general de rentas!—Bien
 decia ella, Tirabeque, que no se la conoce hasta
 que se marcha; lo mismo, lo mismo que sucede con
 la salud, que no se sabe lo que vale hasta que se
 pierde.— Y bien decia ella, mi amo, que tenia
 muchos Legos colocados en altos puestos.— Y bien
 decia ella, Tirabeque, que ni el mérito ni el saber

eran generalmente premiados, sino las hechuras de sus caprichos.—Y bien decía ella, mi amo, que de mí pudo haber hecho un Guardian, si hubiera querido.—Y bien decía ella, Tirabeque, que había adornado muchas cabezas redondas con borlas de Doctor.—Y bien decía ella, mi amo, que daba muehas varas y muchas fajas, y muchos entorchados.—Y bien decía ella, Tirabeque, que era calva como la ocasion.—Y bien decía ella, mi amo; que el que la busca es el que menos la encuentra, y el que la merece, á quien mas se niega y desaira.—Y bien decía ella, Tirabeque, que se le resistia fijarse en ningun asiento, y que vivia con la volubilidad.—Y bien decía yo, señor, que donde parecia que tenia la cara tenía el..... digo las espaldas.—Y bien digo yo, Tirabeque, que esa lengua te se va con mucha facilidad.—Señor, lo peor es que ahora se iba á mala parte. Y diga V. mi amo, ¿no volverá esa señora á visitarnos?—*Anceps sum: nescio.*—Señor, porque pergunte, soy necio? Vaya, pues callo, ¡Ah pícara fortuna! Si tú me sopláras, no me llamarían necio!!

